

para hacer á los hombres desgraciados; separaos de esos cristianos que os minan el terreno y os hacen amarga la vida; aprended, por el contrario, á instalaros aquí abajo á vuestra satisfacción. Y el desgraciado que los escucha los sigue á través de las espinas, las malezas y la ardiente arena del desierto. Muere de sed, no puede ir más lejos; por fin cae. Y pregunta varias veces: ¿Dónde está, pues, el lugar de descanso á donde queríais conducirme? Cuando no pueden ya hacerle avanzar más, le dicen fríamente: En ninguna parte esperes encontrar descanso ni felicidad entre nosotros; y haciéndole esta confesión, le abandonan. Poco importa que muera solo bajo los ardientes rayos del sol, que le devoren los animales del desierto; al fin abreviarían sus horas de tortura y decepción.

Así procede el caballero de industria que con falaces promesas induce á una joven á que por él abandone su noble prometido. Se entregó al fementido en cuerpo y alma, con su honor y su fortuna. Lejos ya de su país, la prodigalidad sin límites y la conducta poco seria del seductor producen el descontento de la joven. Su sencillez la tranquiliza siempre, hasta que un día, en vez de los castillos que se le habían prometido, encuentra solamente una cabaña. Entonces se echa á sus pies quien la engañó, y se lo confiesa todo. Le declara generosamente, ó para burlarse, ¿quién sabe? que no está ya unida á él, que no espere ser feliz á su lado, y que si quiere serlo, vuelva á su casa. ¿Volver! ¿Á su padre irritado! ¿Con su madre afligida! ¿Aparcer de nuevo ante las miradas de aquel á quien no cumplió su promesa! ¿Acaso no la perseguirá allí el tormento de verse engañada, el reproche de haber prodigado lo mejor de su alma á un indigno? Si él sabía que sólo podía hacerla desgraciada, ¿por qué tuvo valor para arrancarla de aquel que podía haberla hecho feliz?

¿Procede acaso el Humanismo de otro modo con los que se dejan atraer por él? ¿Cómo juzgar á tales hombres? ¿Cómo concebir esta doctrina tan chocante de la filosofía

moderna, sino como la bancarrota pública del Humanismo?

### 5. Los resortes de la historia y de la civilización.

—Así, pues, cada cual quiere ser feliz, cada cual debe querer serlo. <sup>(1)</sup> Únicamente la piedra renuncia á la felicidad; y también aspiraría á ella, si no estuviese privada de sentimiento. Hasta el animal aspira al bienestar sensible en el cual encuentra toda su felicidad. <sup>(2)</sup>

Pero la felicidad es nuestro último fin, porque es lo que pedimos como consecuencia de éste; <sup>(3)</sup> á ella referimos todo lo demás. Hacemos sacrificios y toleramos toda especie de sufrimientos, porque nos fortalece la perspectiva de la felicidad. <sup>(4)</sup> Hasta los malvados lo son, porque buscan su felicidad en un fin malo. <sup>(5)</sup> Tasamos el valor de una cosa según que nos hace felices ó desgraciados. La felicidad es por lo tanto el fin último y el más perfecto, <sup>(6)</sup> el mayor de los bienes, el más alto bien creado. <sup>(7)</sup> En ella sola se detiene nuestro deseo; no la apetecemos á causa de otro fin; <sup>(8)</sup> por eso ella es el fin supremo del hombre.

Todos los hombres están de acuerdo en esto; hasta los mismos que creen hacerse superiores al vulgo cuando se atreven á dudar de toda verdad. <sup>(9)</sup>

En resumen, podemos considerar como convicción general de la humanidad que todo esfuerzo humano debe ser dirigido hacia un fin último, y que éste consiste en la felicidad; esto constituye el centro invisible alrededor del cual gira toda la historia, y es el resorte que impulsa la civilización.

### 6. Las diferentes miras respecto á la felicidad co-

(1) Platón, *Euthyad.*, 8, p. 278, e. Arist., *Polit.*, 7, 12 (13), 2. S. Agustín, *Confess.*, 10, 20, 29; *Op. imp.*, 6, 12 (X, 1307, b.).

(2) Máximo Tyr., 35, 1.

(3) Aristót., *Eth.*, 1, 7.

(4) Arist., *Eth.*, 1, 7 (5), 6; 12, 7; *Mag. mor.*, 1, 4, 2; Eudem., 2, 1 9.

(5) S. Agustín, *In ps.*, 32, 2, 15; 118, 1, 1.

(6) Aristót., *Eth.*, 1, 7 (5), 8; 10, 6, 1, 6; *Polit.*, 8, 2 (3), 5.

(7) Aristót., *Polit.*, 7, 7 (8), 3; Eudem., 1, 7, 2.

(8) Aristót., *Eth.*, 1, 7 (5), 5; *Mag. mor.*, 1, 2, 7.

(9) S. Agustín, *Op. imperf.*, 6, 26 (X, 1346, c.).

**mo termómetro del valor de las civilizaciones.**—Pero si no es posible poner en duda el acuerdo del género humano en ese punto, difieren mucho las opiniones cuando se trata de determinar en qué consiste ese último fin del hombre. Si quisiéramos enumerarlas, tendríamos que escribir una historia detallada de la civilización, pues todos los progresos de ésta no son más que la expresión de lo que una época ó una tendencia entendieron por felicidad, y el valor del juicio que acerca de ella se forme varía según que haya sido ó no bien comprendida.

Los sofistas la buscan en la fuerza física y en la sagacidad del espíritu, los epicúreos y los hedonitas en el placer sensual, en la vida y el dejar vivir; los estoicos y los fariseos en la satisfacción de la peor especie de orgullo, el orgullo de la virtud.

Lo que constituye la felicidad de los chinos es el trabajo; para los indios, los sueños y el reposo; para los griegos, la salud, la belleza y el placer; para los romanos, la conquista y dominación del mundo; para los germanos, la caza, la lucha, los combates y los festines; para los irlandeses, el canto y la emigración; para los franceses, la gloria militar y la literaria; para los caballeros de la Edad Media, el honor, las hazañas y la fuerza.

La Edad Media aspiraba á idealizar la naturaleza; el Renacimiento se sumerge en la naturaleza y la exorna artísticamente; los tiempos modernos se esfuerzan en diseccionar y anatomizar la naturaleza muerta. El Cristianismo enseña á los suyos á encontrar su felicidad en el ennoblecimiento de la naturaleza por la purificación, la penitencia, los sacrificios, y á la vez, por la elevación hacia lo sobrenatural. El Humanismo aconseja al mundo buscar su felicidad en la deificación de lo que es puramente humano, ó más bien, de sus instintos desenfrenados, en el egoísmo, en la presunción, en la ambición y en una lucha eterna sin reposo, sin esperanza en un buen resultado, sin desear un fin; y dice entonces que la única felicidad posible consiste en renunciar á todo pensamiento de que se pueda nunca ser feliz.

**7. La verdadera ruta de la felicidad.**—Inútil sería perder muchas palabras para saber cual de estas opiniones es el verdadero concepto de la felicidad, y, por consiguiente, la ruta de la verdadera civilización. Según la convicción general, el hombre, en su situación actual, está muy lejos de responder á la idea que debemos formarnos de él; por consiguiente, será incapaz de cumplir la misión que debe llenar en la vida, si no se ennoblece y no se purifica. Así, pues, solo se acercará á su perfección, y de este modo á la felicidad, en la medida en que trate de triunfar de su imperfección y de su tendencia al pecado; en la medida que logre disminuir la distancia que le separa del ideal primitivo de perfección, es decir, en aproximarse cuanto le sea posible á Dios, su fin. Es evidente que esta ruta ofrece muchas dificultades que exigen trabajo y sacrificio; quienes teman los que su purificación exige, nunca alcanzarán su fin; y quienes prometen á los demás conducirlos sin que necesiten hacerse violencia, como lo pretende el Humanismo, inducen abiertamente al error. La bondad infinita, con la cual debemos conformarnos, está siempre á una distancia infinita de nosotros; y aunque nuestra naturaleza se hubiera mantenido ilesa, nunca debería detenerse el trabajo de la perfección, que es la condición de nuestra felicidad. Una virtud limitada, como lo es la de la criatura, jamás puede tener un parecido perfecto con Dios; sólo puede aspirar á parecersele.

Pero como el pecado nos corrompió y abrió un abismo profundo entre nosotros y Aquél conforme al cual debemos formarnos, sólo podremos alcanzar nuestra felicidad mediante una lucha continua contra el mal que nos ha invadido.

Por amarga que sea esta verdad, es cierto, visto el estado en que actualmente se encuentra el hombre, que sólo á costa de continuos esfuerzos puede alcanzar su felicidad.

Por eso hay, como Platón dice, <sup>(1)</sup> tres clases de hom-

(1) Platón, *Gorgias*, 34, p. 478, I.

bres. La primera está constituida por esos desgraciados que sirven con gusto al mal y no procuran desprenderse de sus lazos; entre ellos debemos sin injusticia contar á cuantos enseñan que el hombre solamente necesita vivir conforme á su naturaleza, sin escuchar á los que le dicen que en ella hay un mal que extirpar; sabido es que tal enseñanza pertenece al Humanismo. Vienen después, según Platón, los que se dirigen á la felicidad, es decir, se esfuerzan seriamente en libertarse del mal; pertenecen á esta categoría los que son castigados y hacen penitencia para expiar sus malas acciones y extirpar las raíces con que el pecado, causa de infelicidad, toma vida. El Cristianismo repite siempre que nuestro deber más sagrado es trabajar incesantemente en tal sentido. No exige de nosotros inmediatamente la más elevada perfección, como hacían los estoicos; pero jamás nos dispensa durante la vida de trabajar en nuestra purificación y de tender hacia cosas de orden superior. Platón llama bienaventurados á los que componen la tercera clase; en este número cuenta únicamente á los que han expiado las malas acciones de que ellos mismos no se libraron, que han alejado de su corazón el mal, y se acercaron á cierto grado de perfección. La historia del Cristianismo nos da á conocer gran número de los que debemos colocar en esta categoría; sin embargo, constituyen una excepción y una minoría.

**8. Fisonomía y concepto de la vida según la filosofía y la civilización modernas.**—Si recorremos las muchedumbres y si pasamos revista á todas las épocas y á todas las tendencias de la historia de la civilización, ¿cuántos encontraremos que podamos contar entre esos felices? Es una cuestión importante; se trata de conocer aquello sin lo que el hombre cree no poder vivir; se pretende saber aquello que da á toda cultura su valor; y se investiga cual debe ser el resultado final, si no se quiere que la vida sea un fracaso, inútiles todos los esfuerzos y perdida la vida misma.

Entre los cristianos, hemos dicho, podemos citar mu-

chos individuos que, después de una labor considerable, lograron que se les llamase bienaventurados, porque eran perfectos, y un número mayor aun de personas que se acercan más ó menos á la felicidad, porque se dirigen á la perfección por la penitencia, los esfuerzos y los sacrificios que hacen para purificarse.

Pero ¿se puede decir eso del Humanismo? ¿Á cuantos hizo perfectos y bienaventurados con su civilización? La misma filosofía moderna nos da en este punto la más desoladora respuesta que se pueda imaginar. Entre nosotros, nadie hay que sea feliz; jamás lo ha sido nadie, ni jamás lo será; no es posible que sea feliz ninguno de los que están con nosotros. Luchar sin esperanza; procurar, sin conseguirlo, adivinar un enigma; buscar sin encontrar; correr sin cesar y no llegar al término; esa es nuestra suerte. No conocemos la felicidad. Busca cuanto quieras, pero no esperes salir de esta oscuridad para llegar á la luz de la verdad: «Mientras haya hombres, el sentimiento y la inteligencia emplearán en vano sus fuerzas contra la maravilla de esta vida sin nombre, que muda y enigmática nos rodea. El espíritu que, no sabiendo qué hacer, excava y mina los sólidos límites que le rodean como si fueran de roca, se pregunta por qué se vive». (1)

Confesión terrible, que es la realización textual de las palabras de Platón; quien aparte sus ojos de la luz y mire continuamente á las tinieblas donde Dios no está, acabará por no conocerse á sí mismo y sus actos. (2)

Pero ¿qué será del hombre en tal estado, qué del progreso, de la historia, de la civilización? Porque todo depende de que los individuos tomen la buena dirección y encuentren su fin. Aristóteles dice con razón que el fin de la colectividad es el mismo que el del individuo; (3) luego, concluye Polibio, hay que tener en cuenta lo que dirige á cada hombre, individualmente considerado, hacia su fin; en

(1) Alfred v. Berger (*Allg. Zeitung*, 1889, *Beil.* 207).

(2) Platón, *Alcibiades*, 1, 30, p. 134 e.

(3) Aristót., *Polít.*, 3, 5 (9), 10, 14; 7, 2, 1.

otros términos, lo que le hace justo, bueno y feliz, si la humanidad ha de ser conducida hacia el progreso y hacia la perfección. <sup>(1)</sup> Por el contrario, el conjunto debe caer en la perplejidad y en la desgracia, si los que lo constituyen pasan su vida sin un fin, sin convicción, sin luces, sin decisión.

Con esa manera de ver, tal como acabamos de exponerla, el hombre debe experimentar el mismo efecto que si un poder invisible le vendara los ojos y le encadenara en un carro tirado por caballos indómitos. No podría detenerlos ni guiarlos, ni saber á donde le conducían, si le lanzaban contra una pared ó si le llevan á la muerte. Únicamente sabe que se halla sin defensa, y que así continuará hasta que perezca.

Y si alguien examina la historia á la luz, ó mejor dicho, á las tinieblas de tal filosofía, debe hacerle la impresión de un inmenso ejército de hunnos que, perseguidos por el enemigo, huyen como tempestad bramadora á través de la noche y de la niebla. Se estremece el suelo, saltan chispas de las piedras, llamas y ruinas señalan el paso del ejército salvaje. Atropella cuanto encuentra, y quien desea hacer alto ó dejar las filas, es pisoteado sin piedad; no tiene más que seguir adelante ó ser aniquilado. Pero nadie podría decir qué será del ejército; si caerá en un precipicio, si se ahogará, ó si tropezará con las espadas del enemigo que le acecha al paso. Fácilmente se puede concebir qué sentimientos animarán á sus individuos; el mismo poeta, que hace poco hemos oído, los ha descrito en los términos siguientes: «El mundo es un enigma y tú también lo eres; y lo es la lucha y el reposo. Es enigma el dolor y la felicidad, y son enigmas las olas que pasan para no volver. Enigma es el bien que á sí mismo se recompensa; enigma es el pecado que á nadie perdona, enigma la belleza que florece esparciendo su perfume, enigma el amor que inflama el corazón. Enigma la plegaria que de él se exhala muda, y el presentimiento de la divinidad hacia la cual se

(1) Polib., 6, 47, 2.

eleva; enigma el juego confuso de la suerte y la tumba silenciosa que se teme tanto. Y, sin embargo, seguid adelante, oh almas, semejantes á las alegres y bulliciosas aguas del río, y no preguntéis mucho porqué la vida es un enigma y vosotras mismas los sois también». <sup>(1)</sup>

Nos abstenemos de toda observación, pues sería casi cruel preguntar aquí: ¿Sois felices? ¿Esperamos crear por este medio una civilización sana y alcanzar el fin del hombre y de la humanidad?

**9. Los tres conceptos del mundo esencialmente diferentes.**—He aquí ahora nuestro juicio acerca del valor de la civilización.

Dirán todos que esa filosofía del enigma, negándose á explicar las cosas, no merece el nombre de concepto de la vida. Cada acto, cada manera de pensar, cada civilización, recibe su importancia del fin á que se dirige, como hemos dicho ya; pero donde no se propone ningún fin, donde ni siquiera se reconoce fin, no puede haber dirección. Una civilización sin ningún fin, é intencionadamente sin fin, no debe tenerse en cuenta cuando se trata de filosofía de la historia.

Necesitamos todavía excluir otra clase de hombres, cuando se trata del punto de vista que acabamos de citar; esa clase es más numerosa que la precedente. La mayor parte de las veces poco tiene que hacer con la literatura y la ciencia; son los vividores. Horacio, cuyo juicio es aquí evidentemente imparcial, pues él mismo tenía cierta inclinación hacia ellos, dice que gentes sin otro fin que el goce renovado sin cesar, gentes que, semejantes á la mariposa, son arrastradas por el primer soplo de viento y sólo tienen la preocupación de saber cómo pasar un tiempo precioso; gentes que, como verdaderos parásitos, no saben más que vivir á expensas de los demás y no procuran trabajar por su propia cuenta, carecen en absoluto de valor. <sup>(2)</sup>

(1) Alfred v. Berger (*Allg. Zeitung*, 1889, *Beil.* 207).

(2) Horac., *Ep.*, I, 2, 27.

Pero si hacemos abstracción de esas tendencias que renuncian á toda ciencia de la vida, encontramos tres maneras principales de concebirla, que se distinguen esencialmente entre sí por sus opiniones sobre el fin último de la existencia, de la actividad humana, y del progreso de la civilización.

Los unos consideran el mundo como el único teatro legítimo de la actividad humana, y al hombre como su propio y exclusivo fin; para ellos es de todo punto claro que el hombre, tal como es, se encuentra en realidad ser como debe ser. Según esa opinión, sólo se debe tratar de desenvolver sus fuerzas; pero que deba purificarse interiormente y reformarse, es una exigencia que consideran como una injuria. Es la tendencia que designamos siempre con el nombre de Humanismo. Que se asigne al hombre la actividad exterior como campo en que debe realizar ese desenvolvimiento de sus fuerzas, según se juzga en el materialismo, en el industrialismo, ó en las antiguas opiniones de los chinos; ó que la civilización sea considerada principalmente como el conjunto de conquistas intelectuales y artísticas, como sucedía en el Helenismo, no constituye una diferencia esencial; porque lo esencial y común á todos consiste en limitarse á las cosas del mundo, á engolfarse en las cosas del tiempo y á excluir todo motivo superior á los de la tierra. Por eso consideramos á los chinos como los más antiguos y señalados precursores de estas tendencias, como los representantes propiamente dichos del materialismo, del racionalismo y del Humanismo.

Hay otros que forman verdadero contraste con ellos. Tendidos perezosamente á la fresca sombra de todo árbol, despreciando el mundo que no estiman digno de ellos, y precipitándose, disgustados de la vida, ya en fantasías sin fundamento, ya en el goce embriagador del mundo que desprecian, dirigen su vista soñadora á un nebuloso ideal. Pertenecen á esa tendencia el panteísmo, el idealismo, el antiguo y el moderno pesimismo; la vemos desenvolverse desde muy temprano y de un modo muy pronunciado en-

tre los indios; por eso, en esta materia, pueden ser considerados como los autores del indicado sistema.

Entre ambas hay una tercera clase de hombres que se ocupan primeramente en trabajar para sí, y sólo después de esto atienden al mundo; pero considerando su propio corazón como el campo de acción más importante, encuentran que desde luego deben deshacerse de mucho mal antes de avanzar y subir á mayor grado de perfección.

Procediendo así, aunque su vista se dirija á lo alto desde el principio, sus pies no abandonan el suelo natural; trabajan como si todo dependiese de ellos, y piensan como si Dios para ellos hubiese de hacerlo todo. Gozan de la vida, y descansan después de haber trabajado con medida y paciencia, esperando nuevas fuerzas para continuar. No se apegan á la existencia, y le atribuyen, sin embargo, un valor inmenso, porque ven en ella la preparación para una vida bienaventurada, más elevada, imperecedera, á la que se dirigen sus más ardientes deseos, como que es su fin supremo. Tal es la manera de ver del Cristianismo, que resume en ella todas las aspiraciones y todos los presentimientos que haya tenido la verdadera humanidad.

Los chinos, pues, no conocen faltas; para ellos todo es bueno; nada tienen que expiar, nada que mejorar, absolutamente lo mismo que Rousseau y Goethe. Para el indio, todo es falta, todo es mal, hasta la existencia misma, exactamente como Lutero, el jansenismo y el pesimismo moderno; pero si existe, si es culpable, y si todo es malo, la culpa es de Brahma. El hombre no tiene culpa, sólo tiene la de Brahma. No exagera el cristiano ni el mal ni la falta, pero se atribuye á sí mismo la responsabilidad del pecado y de la miseria que es su consecuencia. Expía las faltas que él y su raza han cometido; sufre con paciencia el mal general, porque se eleva á la idea de que lo que por su parte sufre, contribuye á librar del anatema y del castigo á la totalidad.

Están los chinos convencidos de que su imperio durará eternamente: el Humanismo cree lo mismo de sí. El indio